
SOBRE LETRAS, CULTURA, INDEPENDENCIAS Y CIRCUNSTANCIAS DE “NUESTRA AMÉRICA”

José Rojas Bez

Instituto Superior de Arte de Cuba

Muchísimo antes de que surgiese el pensamiento independentista, había nacido ya en las letras hispánicas del continente americano una corriente de alta valoración de lo autóctono, de lo cual dan buena fe *La Araucana* (1569-89) de Ercilla y, luego, *Los Comentarios Reales de los Incas* (1609) y la *Historia General del Perú* (1617), del Inca Garcilaso de la Vega, hasta exhibir un esplendor conceptual y literario en obras de Sor Juana Inés de la Cruz, como su autosacramental *El Divino Narciso* (cerca de 1688); tendencia que, deviniendo en idea y sentimiento medular, se integrará luego y alentará las ansias de establecer repúblicas propias y una cultura auténtica.

Mas, como cariz complementario e inseparable, desde las primeras a las últimas repúblicas a lo largo del siglo XIX —o, mejor, desde el nacimiento de las ansias y un pensamiento independentista generalizado en las últimas décadas del siglo XVIII— un aspecto notable de la historia de América Latina radica en la conjunción de su búsqueda de la independencia política y cultural y la reafirmación de los valores propios (incluido el sueño de la unidad regional) con la adopción y creación de los estilos y corrientes literarias más novedosas y universales (en cuanto pueda hablarse de “universal” en aquel mundo tan fraccionado o incomunicado); itinerario difícil de hallar en otras latitudes con idénticos esplendores formales y agudezas sentimentales a la vez.

Para responder en qué medida esas circunstancias, tendencias y sucesos evolucionan como sucesión, desprendimiento u oposición con los vaivenes entre *modernidad* y *postmodernidad* (hasta donde dichos términos son aplicables al continente) desde las últimas décadas del siglo XX; conviene replantear algunos tonos de dichos paradigmas históricos y las circunstancias actuales.

1. Neoclasicismo, Ilustración, afán de modernidad y primeras repúblicas

Durante el siglo XVIII, cierta maduración sociocultural de Hispanoamérica, fecundada por las nuevas doctrinas de la Ilustración, contribuyó a un despliegue tal de la psicología social que se evolucionó hacia los primeros gobernantes ilustrados y, pronto, al pensamiento independentista, encarnado por hombres como Simón Rodríguez y Francisco Miranda, los maestros del “Seminario de San Carlos y San Ambrosio” (sobre todo, el Padre Félix Varela, introductor en América del nuevo pensamiento científico y ecléctico) y grandes poetas y letrados como Andrés Bello y José Joaquín de Olmedo.

En suelo americano, la racionalidad neoclásica atempera, funge como especie de catalizador para el definitivo establecimiento de un pensamiento criollo y de las ansias de tener repúblicas (y una cultura) propias; asimila la racionalidad aristotélico–horaciana y estoica, conjugada con ideas del empirismo inglés, del idealismo postcartesiano y de la nueva Ilustración, para alentar y darle fueros a las sublevaciones del espíritu... y a las nuevas repúblicas

Como en Europa, el neoclasicismo americano ciñe la pasión de sus versos y escritos a formas contenedoras; pero mitiga, no disuelve —algo digno de realce— los ímpetus y claroscuros del barroco americano y del legado autóctono ni la intensa emotividad emanada de los conflictos coloniales.

Sus temas coinciden con los de Europa (industria, agricultura, ciencia, progreso, moral, civilidad,...) pero se suman, y llegan a predominar, la reafirmación de lo propio, la libertad y el sueño de nuevas repúblicas en un mundo nuevo, con bases en una gran unidad lingüístico–cultural, expresada del mejor modo en la “Carta de Jamaica” y la “Carta a la División de Urdaneta” escritas por Bolívar.

Las formas neoclásicas y las lógicas y políticas iluministas resuenan asociadas al enaltecimiento de lo propio americano y a las rebeliones, en tiempos de líderes y guerreros ilustrados, de sólido pensamiento y escritura humanista, como Miguel Hidalgo, José Morelos, José Matías Delgado, Camilo Torres Tenorio, José de San Martín, Francisco de Miranda, Simón Bolívar, O’Higgins,...

Mientras se actúa en las independencias, se busca una poesía a tono con los nuevos estilos europeos, y se redactan gramáticas y códigos civiles (luego descollarán el *Código Civil*, de 1853, y la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*,

de 1856, redactados por Bello en Chile), sin que deje de pensarse en la española Constitución de 1812, con mayor resonancia quizás luego en los románticos que ahora en los neoclásicos.

Se yerguen de norte a sur figuras cimeras de la gran literatura neoclásica y a la vez adalides de la Independencia, sin que deje de resonar el enaltecimiento de lo criollo, de lo propio americano, en lugar primado José Joaquín de Olmedo (sus más citadas, *La victoria de Junín, canto a Bolívar*, de 1825, y *Al general Flores, vencedor de Miñarica*, de 1835) y Andrés Bello (conocido por sus *Silvas americanas*, la *Alocución a la Poesía* y la *Silva a la agricultura de la Zona Tórrida*). También es paradigmática la poesía gauchesca propulsada por Bartolomé Hidalgo (1788-1823) con sus *Cielitos* y *Diálogos patrióticos*.

Y aún cuando no emergen asociadas al independentismo, entonces sí a una nueva sociedad y civilidad “criolla” por el estilo del despotismo ilustrado, como la obra del neoclásico cubano Manuel de Zequeira (recuérdese, entre otras, su *Oda a la piña* y su labor en el ilustrado *Papel Periódico*, de La Habana).

2. Romanticismo, grandezas propias, maduración sentimental, otras repúblicas

Como el neoclasicismo, el romanticismo surge en América acompañado de sentimientos independentistas y un creciente americanismo, sin los extremos del conflicto europeo “progreso versus retardatarias añoranzas”. La añoranza del pasado, con poco lugar para la añoranza, aunque sí admiración, por lo exótico y lejano, surge como revalorización positiva y rescate de las grandezas antaño victimadas por el mismo poder colonial que se repudia en el presente.

Desde un gran precursor del romanticismo (primer romántico, según otros) como José María Heredia, activo independentista, se conjugan los cantos a las grandezas aborígenes con los de las fuerzas naturales, el deseo de una patria independiente y las pasiones personales (*En el teocali de Cholula*, *oda Al Niágara*, *Himno del desterrado*, *A Emilia...*).

Donde se ha logrado ya la independencia política, continúa la búsqueda de la independencia cultural; y donde no se ha logrado aún, destaca la labor preparatoria y cultural de guías como Domingo del Monte y Rafael María Mendive, en la vieja estirpe de los Simón Rodríguez.

Desde el ya nítido romanticismo de *Elvira o la novia del Plata* (Esteban Hechevarría, 1832) se suceden los movimientos de reconocimiento y asunción de lo criollo, de lo que ha ido naciendo en América, de sus tradiciones (como hicieron Ricardo Palma y los costumbristas), e incluso del habla popular.

Quizás no valoremos aún suficientemente los entresijos particulares y la función general de las literaturas e investigaciones nacionalistas y costumbristas que se desarrollaron entonces en casi todas las regiones, en las repúblicas ya nacidas (Venezuela, Perú, Argentina, Uruguay, México,...) y en las colonias residuales (Cuba, Puerto Rico), con ímpetus y finalidades comunes.

El espíritu romántico favorece la expresión de lo propio, desde lo gauchesco y las tradiciones del sur, pasando por el siboneyismo antillano hasta las comunidades de México; y, en mancomunidad no en contradicción con el neoclasicismo y sus ilustrados próceres de la independencia y la americanidad, persigue un espíritu de unidad continental sin negación de las riquezas locales.

Quizás en el romanticismo se halle menos unidad literaria y de programas culturales que en el neoclasicismo, y no en vano se han postulado diferencias estilísticas y conceptuales entre generaciones, digamos una segunda generación romántica más concentrada en temas íntimos y formas depuradas; pero nunca, salvo casos aislados, una escisión que reniegue y ni siguiera que abandone el amor a la independencia y la exaltación de lo propio americano.

3. Modernismo. Independencia política, unidad cultural. Influjo sobre Europa

Para vislumbrar cimas de la originalidad y grandeza de las letras americanas, he ahí al modernismo que llega incluso a invertir por primera vez de modo fehaciente los influjos desde las antiguas colonias a las metrópolis (como luego volvería a hacerlo el llamado “boom”, heredero, con tonos muy personales, claro está, de la recurrencia a “lo propio” en un Comala o un Macondo, y cuyos rejugos con las formas (puntos de vista, estructuras, habla popular) tan subrayadamente “postmodernas”, no dejan de tener ciertas raíces vigorosas y menos frecuentemente señaladas en el modernismo.

Desde el notorio precursor que fue José Martí (pudiera argumentarse que primer modernista, con su “Ismaelilo”, de 1882, y los *Versos sencillos*, de 1991, y a quien Rubén Da-

rio llamó “Padre”) hasta los más peculiares, como el César Vallejo de *Heraldos negros* (1918), resuena el gusto por la independencia política y cultural de las naciones, armonizada con una unidad cultural continental, que no implica, sin embargo, dejación de las fuentes nutricias del espíritu.

En Martí han madurado las antiguas doctrinas que desde Olmedo y Bello hasta Bolívar y otros próceres ilustrados apuntan la existencia de una “América nuestra”, nutrida de las savias autóctonas y latinas pero con un talante propio y en busca de un futuro auténtico. Otros, como Francisco Gavidia, el excelso pensador, escritor y educador que enseñó a Darío las excelencias del alejandrino francés y tanto hizo por las letras centroamericanas, continuarían esta línea de unidad cultural, a la vez que independencia sin renuncia de las raíces.

Merecería mayor reflexión la exacta tonalidad con que los modernistas balancearon, en su pensamiento y su creación cultural, las fuentes ibéricas (e itálicas, la antigüedad latina tan valoradas por los neoclásicos) con las francesas, en pos de una latinidad, de una americanidad–latinidad *contrastada* con lo anglosajón. Y subrayamos *contrastada* porque no se trata de una oposición descabellada ni ignorancia de sus valores culturales (enseña, por ejemplo, el *Ariel* de Rodó) sino siempre reafirmación en las “íclitas razas ubérrimas”.

4. ¿Continuidad del sueño de unidad y lo propio? Nuevos tonos y retos

Desde fines del siglo XVIII hasta principios del XX, fue desarrollándose —en plena conjunción con las luchas por las independencias políticas nacionales y su rejuego con las integraciones regionales— un proceso coherente de renovación, actualización y creación, en las letras, la cultura y el pensamiento todo, en busca de una *identidad en la diversidad* y del desarrollo de *lo propio* sin dejación, antes bien valiéndose de las raíces y el legado autóctono, hispánico, ibérico, en general latino y aún de otros ámbitos mundiales.

El continente americano tiene la virtud, como ninguno, de haber acrisolado una diversidad universal (culturas aborígenes, europeas, africanas, asiáticas,...), demasiado drásticamente a menudo, y haberse erigido como algo nuevo con el fuego de las circunstancias y afanes propios. Por ello, los grandes pensadores y creadores de América nunca desligaron ni opusieron “el mundo” a “lo propio” sino que lo vieron como fuentes y complementos: la relación entre “lo propio” y “lo universal” nunca fue concebida como tajante oposición sino como predominio, regencia o complementariedad; y si se acentuó (o explicitó) la búsqueda

de “lo propio” y de “la unidad” es porque ya se contaba abundantemente con lo universal y lo plural.

Los neoclásicos (Andrés Bello, Miranda,...) lejos de renegar, supieron inspirarse en el pensamiento y las letras europeas (no sólo latinas, sino incluso del empirismo, el liberalismo, el pensamiento industrial y los escritores ingleses); los románticos no dejaron de admirar y asimilar a los de toda Europa (en especial a españoles como Espronceda y el Duque de Rivas, y franceses como Víctor Hugo) y los modernistas se deleitaron y asumieron a poetas franceses (sobre todo parnasianos y simbolistas) y a escritores ingleses como Oscar Wilde.

América fue siempre un “toma y da” universal en todos los órdenes (materiales, sociales y culturales). En tiempos de la conquista y la colonización predominó la imposición de lo europeo y el aplastamiento de lo aborígen; mas, en tiempos de las independencias, predomina la valoración de “lo criollo”, “lo acrisolado” en estas tierras, con alta valoración de lo autóctono aborígen y de lo afroamericano. Luego... continuaría el sueño de una gran unidad regional sin menoscabo de las independencias nacionales, y del desarrollo de “lo propio”, en resonancia con los adelantos del mundo. Siempre, la poesía del progreso.

Todo ello, potenciado y evidenciado en el neoclasicismo, el romanticismo y el modernismo, pero dado en las más agudas correspondencias con lo foráneo o en la más universal cultura de un Borges, un Neruda, el creacionismo de Huidobro y no sólo en el temprano vanguardismo del Vallejo de *Trilce* (1922), ni luego en el llamado *boom* que restableció la dirección del influjo desde el *nuevo* hacia el *viejo* continente.

No será tan arduo hallar semejanzas y vínculos, lo mismo que diferencias y singularidades, entre las narrativas de Carpentier (*Los pasos perdidos*, *El reino de este mundo*, *El siglo de las luces*), Lezama Lima (*Paradiso*), Vargas Llosa (*Los cachorros*, *La ciudad y los perros*, *Conversación en la catedral*), Juan Rulfo (*El llano en llamas* y *Pédro Páramo*), Carlos Fuentes (*La región más transparente*, *La muerte de Artemio Cruz*, *Terra nostra*), Roa Bastos (*Hijo de hombre* y *Yo, el Supremo*) y un largo y admirable etcétera.

Però hoy, desde los años ochenta del siglo veinte o, en especial, desde el llamado *postboom*, ¿son otros los cantares, dada la mayor diversidad temática, estilística y de posiciones políticas y socioculturales de letrados y pensadores?

5. ¿Disolución en un mundo global? ¿Y las fuentes nutricias?

Las circunstancias globales atentan contra el histórico sueño de “una gran unidad con raíces en lo propio más general sin menoscabo de las diversidades locales (y sin ceguera ante lo universal)”. Y se hace difícil o impreciso hablar de una literatura o una cultura “latinoamericana” en una realidad que o bien tiende a “irrealizarla” como tal, a diluirla en los actuales *mainstreams* o relegarla a lo histórico, como plantean muchos escritores.

Las letras (la cultura) de “nuestra América” se hallan ante los retos de las grandes transnacionales (y mercados) de la cultura, los espectáculos y el ocio. Pero la región cuenta también con el peligro de ciertas tendencias (caudillismo, sumisión mental a lo metropolitano, por ejemplo) surgidas en su propio desarrollo.

No incumbe sólo a los libros, sino a toda la cultura; y junto a la literatura, quizás el más afectado sea el cine, luego de los sueños del llamado “nuevo cine latinoamericano”. Ahora bien, las respuestas no tienen por qué remitirse al simple abandono de los viejos sueños y logros; ni por qué renunciar a nutrirse de la raíz y humus de una autoctonía o localidad para universalizarse (como predica una antigua ley estética de lo universal en base a lo particular: *la Ilíada*, *Los Nibelungos*, *La Divina Comedia*, *El Quijote...*), para lograr una *mundialización* que no signifique *globalización*, en su sentido nefasto, ni renuncia a los vínculos culturales o los elementos históricamente constitutivos.

Hemos subrayado esta tonalidad en los neoclásicos, románticos, modernistas y autores del llamado *boom*, entre otros. Aún dejando a un lado el cúmulo de conceptos y argumentos, bastarían algunos poemas para evidenciarlo otra vez.

¿Acaso dos superlativos adalides de las democráticas independencias de las repúblicas, del rescate de lo propio y de la gran unidad continental, a la vez que del enriquecimiento y grandeza de las formas, José Martí y Rubén Darío, no lo muestran así? Léase el *Ismaelillo* o la revista *La Edad de Oro*. Piénsese en la *Sonatina* para ver cómo se puede, y nuestros grandes lo hicieron a menudo, poner los ojos desde América y la lengua castellana en las bellezas de Anam y la lejana Golconda, y en las literaturas europeas, y estar junto y aun por delante de los estilos y corrientes universales... sin ser desarraigados.

La dialéctica entre “lo propio” (casi siempre matiz contextual) y “lo universal” (demasiadas veces concepto con rasgos definidos por el poder) no tiene por qué ser angustiante o renunciadora: “lo universal” puede hacerse “propio”, auténticamente enriquecedor y no

alienante; como puede provocarse que el universo asuma “lo propio”. Piénsese no como juego de palabras, sino como ciceroniana y gracianiana agudeza de conceptos: mundialización, universalización y no globalización: armonización con los itinerarios mundiales, y no sometimiento a una globalización mediatizadora, cosificadora y alienante. Desde lo local y el costumbrismo hacia lo universal... siempre que sea creativo, culturalmente auténtico, porque lo universal se nutre de lo particular, y lo singular, aún sin tener que evidenciarse como tal, también se realiza en lo universal.

Lo notorio y más trascendente de nuestra cultura supo comportarse así. ¿Existe una América Latina? Sí, como existen otras regiones histórico–culturales (Europa, el Medio Oriente,...), con mayor coherencia en muchos casos. Aún las regiones más unificadas tienen sus contrastes y disonancias. A veces hasta un mismo país o Estado, como los Estados Unidos de Norteamérica presentan diferentes leyes, usos y costumbres entre un estado y otro, y hasta entre los distintos grupos étnicos y religiosos.

¿Existe hoy esta inmensa región con una historia y una lengua mayoritariamente común (nada extraña que un brasileño domine el castellano), una relativa comunidad de costumbres, idiosincrasia y, ¡cuán importante!, de circunstancias similares y problemas comunes... favorecedores de intercambios, colaboraciones, búsqueda de soluciones comunes? ¿Es, no una batalla filosófica entre realismo y nominalismo, sino una conflictiva realidad históricamente dada de elementos plurales con factores comunes? Sí. Al menos hoy, todavía.

Letras, cultura común y propia en esta gran pluralidad no significan raseros niveladores ni enquistamiento. Nada impide obras, autores y corrientes cuyos temas o cuyo estilo no evidencien toscamente lo propio o continental, en busca de lo universal. En el gran pensamiento e historia de nuestra América fluye también el rechazo a “localismos” y “regionalismos” estériles y demagógicos, como al caudillismo, al servilismo mental y alianzas o tratados que disimulan afanes de predominio, por mucho que sí se han venido sucediendo.

También claro, nada impide la pervivencia de temas locales y regionales... que se nutran y expresen problemas y caracteres propios... sin menospreciar la correspondencia (mental y formal) con lo auténticamente actual y universal.

Holguín (Cuba), septiembre de 2011